

EL VALLE DEL EBRO.

ÁLBUM LITERARIO

DEDICADO Á

NUESTRO DIRECTOR-PROPIETARIO

D. A. DE LOSADA Y Á D.^a FILOMENA DE ARÉVALO.



EL ÁNGEL DEL AMOR.

Para el álbum de mi distinguido amigo D. A. de Losada y su esposa D.^a F. de Arévalo,

FANTASÍA.

I.

Nna hermosísima mañana del poético mes de las flores, de ese mes dedicado á la Reina de los ángeles como Madre del Amor Hermoso, dejando las ociosas plumas, como diría D. Quijote, me encaminé á un bosque próximo con objeto de disfrutar de lo apacible de la temperatura y aspirar el suave perfume de las rosas y alelies que abundaban por aquel sitio.

Con la cabeza baja iba filosofando sobre el amor, al paso que mis pulmones se deleitaban respirando un aire tan puro y agradable. Tanto anduve de esta suerte abstraído en mis pensamientos, que no conocí que las Horas habían abierto las puertas del palacio del Sol, y ya Febo tenía en las manos las riendas de Pirois, Eous, Elon y Flegon, sus fogosísimos corceles. No tardaron las primeras en hacerme salir de aquella especie de aletargamiento, pues si no sentí las ruedas del lumínico carro, advertí sin embargo que sus fulgores calentaban demasiado mi cerebro.

Al propio tiempo mis piernas flojeaban, y deseando descansar unos momentos, me interné donde el follaje era muy espeso, y por consiguiente resguardado de los rayos solares. Me recliné sobre el verde césped. Dejando de pensar en filosofías, me puse á contemplar toda la hermosura de la naturaleza. ¡Qué bellos son sus espectáculos! ¡Qué sublimidad divina hay en todas sus partes!

Mis miembros comprimían una blanda alfombra que, tachonada de doradas margaritas, azuladas myosotis ó no me olvides, rojas amapolas, cenicientas viuditas, blancas santas marías, y amarillos jaramagos, formaban preciosas labores, mas admirables que las que ostentan las construidas por la industria. Por mis pies corría con la tranquilidad de una conciencia limpia, y la grave majestad de un sesudo Padre, un cristalino arroyuelo que sin cuidados se deslizaba por entre la menuda yerba, haciéndolas un gran beneficio y retratando en sus limpidos cristales la inmensidad celeste.

Estendí mi vista. Aquello no era nada. Si bellezas encerraba todo esto, no eran comparables á las que aun se veían mas allá. Los dorados rayos del sol, reflejando sobre las pulidas piedras del monte vecino, se quebraban en millares que deslumbraban. Un rebaño de blancas ovejas pastaban tranquilamente y los tiernos corderillos balaban saltando junto á sus madres. Todas las flores orgullosas de verse vi-

sitadas por un Dios tan hermoso como Apolo, abrían sus recogidos pétalos para lucir sus bellísimos colores; y el céfiro aprovechando esta circunstancia, iba á besarlas presuroso para perfumarse y embalsamar el ambiente.

Nunca me he encontrado mas feliz que en aquellos instantes. Mi corazón se había dilatado dulcemente. Los párpados iban cubriendo mis ojos. Iba á dormir, y una nueva escena vino á llamarme la atención. Dos pintados jilguerillos, ignorando mi estancia en aquel lugar, venían á beber al arroyuelo. Observé atentamente.

Se iban acercando con recelo. Llegaron por fin, y metiendo sus piquitos en el agua, lo levantaron varias veces al cielo. Satisfecha aquella necesidad, comenzaron á preludiar un inimitable canto. ¿Qué valen Bellini ni Beethoven, cuando se escucha un concierto de los que nos brinda la naturaleza? Los jilgueros cantaban con rigor. Daban á su canción unos claros-oscuros que enteramente parecía una romanza amorosa. Varios ruiseñores contestaron desde las copas de unos álamos. De unas zarzas comenzaron á salir las melodías de unos pardos gorriones, y algunas golondrinas pasaron veloces, generalizándose con esto el concierto.

Los jilgueros cesaron. El uno vió una pajita en el suelo y la cogió con su pico. El otro, envidioso de poseer aquel hallazgo, se arrojó sobre el primero, y después de una lucha desesperada, logró arrebatársela y arrancó su vuelo.—El fuerte siempre venciendo al débil—dije yo entonces, y recliné un poco mas la cabeza.

Morfeo se había apoderado de mí. El primer ministro del Sueño me había cubierto con sus alas. Minutos-después dormía profundamente.

II.

En sueños ví que el cielo se nublaba y que deslumbradores relámpagos, ensordecedores truenos y devastadores rayos se sucedían con una rapidez inusitada.

De pronto rasgándose una nube ví bajar hacia mí un ángel hermosísimo. Llevaba una flotante vestidura blanca cuajada de estrellas de oro y plata. Un cinturón bordado con diamantes y esmeraldas ceñía su voluptuosa cintura. Su rostro parecía el de una virgen de Murillo, con ojos púdicos y arrebatadores y blonda cabellera del color de las espigas de la tierra de Misraim. Rodeábala toda, una aureola de luz inesplicable. Aquella luz sonrosada y viva jamás he podido olvidarla ni nunca la he hallado en ningún cuerpo en ignición. En sus manos, cuyos dedos iban cuajados de riquísimas sortijas de oro, llevaba una blanca palma; y tenía aquel ángel un aire de majestad tan puro, tan arrebatador, tan perfectamente inimitable, que quedé estático, miedoso, encantado.

Aquella vision se acercó y me besó en la frente. El contacto de sus labios no produjo en mí la sensación natural que todos los besos causan. Aquel me trasmitió un bienestar infinito y purísimo en el que para nada intervenían las pasiones.

—¿Quién eres, hada misteriosa?—la pregunté balbuceando apenas.

—Soy el Ángel de Amor—me contestó con una voz dulcísima.—Soy la que dirijo ese tierno afecto de los corazones. Soy, no el vendado Cupido de los paganos si no el ángel tranquilo y consciente del amor. Yo inflamo á los hombres en ese sentimiento y les presento lo que deben amar. Si ellos no elijen bien ó hacen mal uso del amor, suya es la culpa.

Esto dijo aquella fantástica idealidad, mientras me tomaba de la mano derecha.

—¿A dónde me llevas?—observé.

—Jóven, no temas;—me dijo—voy á guiarte por el áspero camino del amor.

Te llevaré á mis distintos palacios; verás las diferentes clases de mujeres que puedes amar, y escogerás por tí mismo aquella que desees.

Y esto diciendo se remontó conmigo por los aires. Un ambiente embriagador nos circunvalaba. El movimiento que llevábamos era imperceptible.

Mas parecia estarse en un blando lecho de plumas.

A lo lejos divisamos una luz macilenta.

—¿Qué es aquello?—la pregunté.

—Es mi primer palacio—me contestó.—Allí se encuentra la primera categoría: las indolentes.

Llegamos. La portada del palacio era magnífica; pero se conocia que en algunas veintenas de años nadie habia tratado de restaurarla ni limpiarla.

Entramos. Ricas alfombras, pero manchadas, cubrían el suelo.

De las paredes pendían algunos cuadros de indisputable mérito artístico con gasas naturales de telas de arañas.

Se respiraba una atmósfera viciada por los malos olores. Infinidad de mujeres hermosas se hallaban reclinadas en cómodas butacas, anchos sofás y confortables divanes. Aquellas mujeres, á pesar de ser jóvenes y bellas, demostraban en su exterior poco pulcro, ser la personificación de la indolencia.

—Vámonos de aquí,—dije á mi guía,—me hallo mal.

—Al momento marchamos,—y remontándonos otra vez por los aires, nos perdimos en el espacio.

Buen trecho habíamos andado, cuando nos encontramos á la puerta de otro magnífico palacio. Su artística portada del gusto del Renacimiento, con magestuosos bustos de trágicos y filósofos griegos, poetas y oradores latinos y dramáticos y novelistas de todos los paises.

Entramos también, y se nos presentó á la vista

una riquísima biblioteca. Varias mujeres encantadoras, pero macilentas, buscaban volúmenes en los estantes, mientras otras leían, escribían ó disputaban acaloradamente. En cambio, por la habitación se notaba el mismo abandono que en el palacio anterior.

Me acerqué á un grupo y ví que discutían á Darwin, mientras otras declamaban sobre los derechos de la mujer.

—¿Quiénes son estas?—pregunté á mi hada.

—Son las literatas. ¿Quiéres á alguna? me contestó.

—No,—dije,—vámonos; y volvimos otra vez á proseguir nuestra interrumpida marcha.

Al poco tiempo otro palacio se nos presentó ante los ojos. Estaba tapizado por fuera y el estilo churrigueresco dominaba en todo él. Entramos y habia bellas mujeres; haciendo millares de contorsiones ante los espejos, las unas; estudiando las posturas del cuerpo, otras; languideciendo los ojos, algunas, y hablando de una manera presuntuosa todas. Pomadas, cosméticos, aceites de todas clases se veían esparcidos por mesas y tocadores.

—¿Te gusta alguna?—me preguntó mi hada.

—No, encantadora guía; jamás he sentido pasión por ninguna mujer coqueta; y dejando aquel palacio volvimos á emprender nuestro viaje.

Una vivísima claridad hirió nuestra vista. Nuestro oído llegó á percibir una terrible algazara de músicas, canciones, copas que chocaban y carcajadas homéricas.

—¿Qué es eso?—pregunté admirado.

—Es el palacio del placer.

La puerta estaba abierta y poco trabajo nos costó entrar en él.

En un salón lujosísimamente amueblado, una multitud de mujeres radiantes de hermosura, fascinadoras, vestidas con mas abandono que exige la decencia, ejecutaban una danza impúdica. Un grupo de doce Vénus, con flotantes vestiduras de gasa, tocaban laudes, cítaras y guzlas, mientras entonaban una apasionada é incitante canción.

Mi ángel, al entrar en este palacio, palideció visiblemente. Vela temblar y dos hermosas perlas rodaron por sus rosadas mejillas. Quedóse pensativa.

—¿Qué?—me dijo.

—Nos quedaremos—la contesté.

—¡Ay! jóven, cuán desgraciado eres. Aparta, aparta, tén valor suficiente para venirte conmigo, hasta el término de la jornada, y aléjate presuroso de aquí.

No con mucho gusto seguí al Ángel del Amor, que voló de allí con mas precipitación que lo habia hecho de ninguno de los palacios anteriores.

Seguimos volando un gran trecho. Haria próxi-

mamente una hora cuando entramos en una florida senda. Arbustos, rosales y pequeños árboles de sombra habia á cada lado. El piso era igual y cuidadosamente arreglado. Ni una hoja seca, ni una flor muerta, ni una piedra que molestase al andar se encontraba en aquel sitio. Un perfume de castidad parecia querer allí percibir el alma.

Llegamos, por fin, al quinto palacio. Un aseo especial se veia en todo él. La puerta se hallaba cerrada. Mi ángel la abrió con cuidado y penetramos en la estancia.

Nunca he presenciado un espectáculo mas placentero. Aquella habitacion se encontraba alhajada con un gusto severamente artístico y sencillo. ¡Qué limpieza, qué orden, qué simetría!

Allí tambien habia mujeres; pero ¡qué mujeres? Sus bellezas no podian compararse á ninguna de las anteriores. Eran mucho mas pronunciadas, mas notables, mas frescas, mas puras. En sus rostros resplandecian la tranquilidad y la modestia. Eran felices.

Vestian con suma elegancia, y con trajes riquísimos; pero sin afectacion de ninguna clase y como conviene á la castidad. Todas se hallaban ocupadas en el trabajo de manos. Unas bordaban, otras arreglaban trajes, algunas pintaban cuadros ó leian obras morales, y varias, por último, estaban orando.

Mi hada, al entrar aquí, respiró tranquilamente, y su rostro radió de alegría.

—Hé aquí,—me dijo,—el palacio de la felicidad, del verdadero amor.

¡Dichosos los que sin detenerse en ninguno de las anteriores llegan hasta él con el corazón puro. Dichoso tú, joven, que siguiendo mis consejos, vienes á escoger por tí mismo quien labre para siempre tu dicha. Escoge, pues, la compañera de tu vida.

El Ángel del Amor me ostigaba. Quedé indeciso. Todas me gustaban.

Por fin me decidí por una que tenia ojos dulces y lánguidos y cabellera de un rubio claro especial. Alargué la mano para tomar la suya y estrecharla contra mi corazón, cuando el movimiento que hice me despertó.

Todo habia sido sueño. Mi imaginación fantástica habia forjado todas aquellas escenas. Intenté volver á dormirme y no pude.

Sin embargo, la lección me sirvió, pues desde aquel día no ha logrado llamarme la atención ninguna de las mujeres de los cuatro palacios primeros, y si siempre las del último.

JUAN PEDRO CRIADO Y DOMÍNGUEZ.

Velez-Rubio y Mayo de 1882.

EL MATRIMONIO.

Á mi ilustrado compañero D. Alfredo de Losada y Pau, Director propietario de EL VALLE DEL EBRO.

Nacidos á la vida del sentimiento, casi al mismo que á la de la razón, corren el uno y la otra, desatinados é inciertos, hasta que juntos se reflejan en un sér, que ha de ser para siempre nuestra felicidad ó nuestra desventura.

Las tempestades de la juventud, indomitas y bravas, necesitan para calmarse una sensación profunda, cuyo efecto sea eterno; y es el amor, casi siempre, el destinado á recoger los naufragos de tales tempestades, y á formar la calma compensadora de tal borrasca.

El sentimiento; buque sin timón, abandonado en medio de la tempestad, necesita un puerto que le abrigue y recomponga sus averías, para emprender nueva marcha feliz y próspera.

Casi siempre es la mujer el faro del puerto salvador.

Casi siempre, el matrimonio es el puerto.

Nacido el hombre para amar, prodiga su sentimiento, en necios devaneos ó pueriles amores, dejando en cada uno, una ilusión ó una esperanza, para recoger en cambio un amargo desencanto.

Y cuando todas las ilusiones parecen agotadas, y todas las esperanzas deshechas, entonces renacen de un golpe mas hermosas y floridas unas y otras, á impulsos del verdadero amor, que no por ser el último es el menos vehemente, si no que la experiencia le arranca su arrebató y le presta su juicio, y así es el mas grande y el mas razonable y el mas á propósito para acercarnos á una dicha relativa, porque en la vida la dicha absoluta no existe.

Pero así como de las grandes virtudes se desprenden á veces los grandes crímenes y las mas valiosas razones dan antes en la locura, así tambien de esta inmensa felicidad del amor correspondido y satisfecho suele brotar á veces inmensa desgracia.

Hay ilusiones que parecen destinadas á no realizarse nunca.

Y la mayor parte de estas desgracias provienen de un exceso de sentimentalismo, ridículo siempre.

Fórjase uno, una ilusión á su manera y cuanto mas debemos acercarnos á realizar, mas la fantasía nos aleja de ella, y así cuando hemos de ver la realidad por fuerza, desbácese la ilusión y creemos inmensa decepción, y engaño inmenso, lo que sin engaño nos ofrecían y nos empeñamos en no ver.

Consiste ello en que el amor es verso y la vida es prosa y hace falta armonizarlas, sin que las mate la exageración del romanticismo platónico ni la indiferencia de la prosa vital.

La dicha consiste en el gusto medio.

En armonizar las exigencias de la vida social, con las aspiraciones del corazón, en unir la materia y el espíritu, cortando vuelos á la imaginación y prestando ilusiones á la razón.

Yo amigo Losada, digo mal estas cosas aunque las comprendo bien; pero V. ya me entiende que como yo sabe, que todos los extremos son viciosos y la exageración del amor produce tan funestos resultados como la exageración del odio, que es el mas repugnante sentimiento de la humanidad.

Sin ilusiones, la humanidad no podría vivir; porque ellas son la belleza de la vida y las creadoras de todos nuestros hechos grandes ó mezquinos.

Pero las ilusiones exentas de razón de ser, producen los grandes desengaños, amarguras eternas de la vida y calamidades ciertas de la existencia.

Las ilusiones son las hijas del alma que la alienan y la animan, produciendo las grandes acciones que la immortalizan.

Pero las ilusiones exageradas caen como castillos de naipes al soplo de la brisa, y hundien el alma en el abismo del vacío.

Si V. tiene la ilusión del amor llevada hasta romanticismo, no se case V. si aun es tiempo ó mátese V. si ya no lo es, que mas vale la muerte del cuerpo que la amargura incesante del alma.

Pero si como yo creo, V. conoce que la poesía tiene sus límites y la sociedad sus principios, que el amor y la hermosura son flores de un día, á la mañana fragantes y al ocaso mustias; y que en cambio la virtud, la amistad y la resignación son flores eternas que nunca pierden aroma y belleza, entonces habrá V. entrado en el templo de la dicha, por cierto, bien gentilmente acompañado.

El amor se sacia, porque es deseo y con su satisfacción desaparece, pero nace de él cuando la virtud le defiende, eterna y profunda estimación mezcla de verdadera amistad y cariño amante, sin arrebatos y sin locuras, que es el único sentimiento capaz de crearnos una dicha positiva y real, no como la sueña nuestra fantasía, sino como la realidad puede ofrecérsela.

Es la mujer, ser delicado y tierno, todo corazón y sentimiento, y mas aficionada á las exageraciones de la ilusión, que el hombre en ellas es mas temible el estrago de esa enfermedad, que el hombre, es el médico encargado de hacer desaparecer.

Del convencimiento de la realidad nace la virtud conyugal, pero de esa aspiración constante del sentimiento en busca de mayor amor, y mas poesía, sale á veces el crimen y siempre la desgracia.

Evitemos meternos en mas honduras.

Con lo dicho basta.

V. tiene talento y corazón, y con estas dos cualidades fácilmente se encuentra la felicidad cuando se tropieza con el ser soñado y apetecido.

Yo mas que nadie temo el matrimonio, como temo todas las cosas que no pueden deshacerse; si quiera sea porque el hombre está sujeto á errores y equivocaciones, que pueden pasar de lamentables, por sus consecuencias.

Sin embargo, como V. pasará probablemente la puerta del templo de Himeneo.

¡Ojalá disfrute V. todos los días que yo tengo soñados para aquel día!

JULIO DE PRADO.

A MI DISTINGUIDO AMIGO

D. A. de L. y P. en su Album, con motivo de su efectuado enlace con la Srta. D.^a F. de A.

SONETO.

Solo existe una dicha en esta vida
Entre aquellas que nos ofrece el mundo,
Una dicha que encierra amor profundo,
Dulce amor que jamás el alma elvida.

Ella va del placer enardecida;
Aleja los pesares un segundo,
Y al corazón de su alegría inundo,
Breves momentos á gozar convida.

Estos goces que ansiamos anhelantes,
Que causan tal placer y alegran tanto,
No mas duran un día, unos instantes...
Y aunque al mundo acompañe el triste llanto,
Dichosos los tiernísimos amantes,
Que al altar han llevado su amor santo.

VALENTIN F. CASTELLÓ.

EN EL ALBUM

de mi querido amigo D. Alfredo de Losada y Pau.

IMPROVISACION.

Si la envidia, aun como sentimiento y no como pasión desenfrenada, fuera lícita, confesaría la tengo con respecto á esos seres que el mundo llama poetas, únicos á quienes es dable espresar en cadenciosas frases, la cadencia armónica de su corazón.

No esperes, pues, Alfredo que te hable como ellos te hablarán sin duda; no esperes oír de mis labios esos nombres en los que la pintoresca imaginación griega concretó altos conceptos; lejos de mí Cupido y Venus, [Himeneo y Diana: solo mi prosa te puedo ofrecer.

El dolor, la desesperación, el sufrimiento, son causa muchas veces de hechos en la personalidad,

que en otro caso no se hubieran producido. Así se comprende que Byron dijese: «El matrimonio viene del amor, como el vinagre del vino.»

Sí, faltos de antecedentes, leemos esa frase, no es dudoso que la impresion será desagradable, y el poeta inglés pasará, en el criticismo de nuestra razon, á ocupar un lugar distinto del que hasta entonces ocupaba.

Pero el que aprecia un *fenómeno*, necesita algo mas que la ley, el hecho y la relacion; necesita de las circunstancias coadyuvadoras, de las con-causas.

No acriminemos, pues, á Byron como quizá nuestro sentimiento lastimado lo haya hecho precipitada y espontáneamente. No es Byron el que dijo aquella frase: es el despecho á que habia sido conducido, y el despecho suelo ser mal consejero.

Serénate, pues, amigo mio, que si un hombre de genio vituperó esa dulce union, que llaman matrimonio, no lo hizo con la razon y la libertad plenas.

Deshoye los insidiosos gritos de esos mil fatalistas, algunos de ellos desesperados, como Byron; otros viciosos, como César.

El matrimonio es algo mas que un consentimiento, es una necesidad que se realiza, como dice Modestino, en el; *Consortium omnis vitæ, divini et humani jure communicatio*.

Es decir, en la fusion entera de dos almas, compenetrándose hasta realizar la unidad armónica.

RAFAEL ALTAMIRA.

Alicante y Mayo 1882.

EL SÉPTIMO... MATRIMONIO.

A nuestro muy querido amigo D. Alfredo de Losada,
en el día de su himeneo.

¿Quién lo duda? La vida del solteron, míresela bajo el punto de vista que se quiera, amigo Losada, es siempre bulliciosa y alegre cual la pintada primavera. La libertad es su mas rico patrimonio, y el horizonte de su porvenir preséntase ante sus risueños ojos del purpurino color de rosa al salir de su verde capuz. El célibe, que tambien podemos llamar así al soltero, vive tan solo para sí y le importa un comino que se hunda el mundo ó que arda Troya; á él nada le importa que se le eche en cara su egoismo; no se molesta ni se allije por nada ni por nadie, y su único afan no es otro que el de satisfacer sus necesidades; solo un dolor físico eualquiera puede turbar algun tanto su reposo y eclipsar momentáneamente su felicidad, encarnada en él, como lo está en la niñez el candor y la inocencia.

¡Y tú sabias esto!... ¡Pobrecito!... ¿Cómo, pues,

has pasado tan espontáneamente de la primavera de tu vida al árido y crudo invierno, imágen de la muerte? ¿Por qué, dílo, has trocado la libertad que disfrutabas por la mas terrible de las esclavitudes? ¿Por qué, tan jóven, te has cargado con la pesada cruz del matrimonio, si sabes que no has de hallar un Cirineo en tu camino? ¿Qué dirás cuando tu señora, que debe ser muy hermosa, cuando así te ha cautivado, te presente su enorme presupuesto de gastos, con su correspondiente partida de imprevistos, y te dé por via de postres las cuentas del Gran Capitan, que tendrás que aprobar, mal que te pese, si quieres prolongar, no mucho, lo que ha dado en llamarse luna de miel?

Pero.... ¿Santo Dios! ¿qué es lo que estamos diciendo? En verdad, que cualquiera que no nos conociese, cualquiera que no supiera que, cual niños, vivimos mimados por dos hermosas hijas de Eva, y acariciados por tiernos angelitos, que, con sus gracias y candideces, nos tienen embobados y lelos de cariño, nos tomara por dos rabiosos solterones, que abrazamos el celibato porque no pudimos casarnos, y que, por ello, vamos errantes como judíos, haciendo cruda guerra al matrimonio. Pero... no es así, lo confesamos; nosotros nos acordábamos de nuestra vida de antaño y nos olvidábamos, sin quererlo, de la vida tranquila y sosegada, sembrada de delicias, que disfrutamos al lado de nuestras dulces esposas y amados hijos. ¡Ah! sí, caro amigo, créelo, nosotros no cambiaríamos, no, por lo que vale el mundo, ni la pesada cruz que con gusto cargamos el día de nuestro himeneo, ni la esclavitud con que vivimos por la aparente dicha que goza el hombre solo, aislado y sin familia. La felicidad, si es que alguna exista en este valle de lágrimas, solo es doble el disfrutarla al hombre que ama y es amado por la mujer que llama esposa. El soltero, justo es decirlo, no goza en parte alguna; su dicha es simplemente una ilusion; su libertad, un engaño, y su vida.... ¡ay! su vida es un sueño no mas, del que se despierta tarde á fuerza de desengaños y amargas inquietudes.

Has hecho bien, caro amigo, en casarte. Tu esposa, aun á costa de su salud, labrará tu felicidad y la de tus hijos, si los tienes; ella velará tus sueños durante la noche; acomodará los gastos de tu casa á los ingresos y será lo que tu quieras que sea; porque la mujer, por su naturaleza, es dócil, sencilla, amable y temerosa de Dios. Quiera El concederos la paz del cielo, y que no se eclipse jamás vuestra dulce y soñada luna de miel, como así lo desean los que os dan la mas cumplida enhorabuena.

ANTONIO DAMIAN.

JOSÉ VICENTE BORRÁS.

Roquetas 1.º Junio 1882.

EL LAZO.

*A mi distinguido amigo D. Alfredo de Losada y Pau,
en vista de su enlace con la bella y distinguida se-
ñorita doña Filomena de Arévalo,*

Eres feliz.

Tu esperanza se vá á realizar.

Si no fuera por la esperanza, ¡quién podría vivir!

La vida sin estos paréntesis que son la realización de alguna esperanza, sería insoportable.

Hé aquí por qué con un alan increíble perseguimos los ideales en los cuales soñamos una felicidad sin límites, ideales que si no se realizan, nos dejan en la mas grande amargura.

Y es indispensable que esto suceda, porque no puedo creer haya liberalidad para apagar nuestra sed de oro, ambicion, fortuna, placeres y todas cuantas mezquindades ensucian el corazon humano.

Precisamente en esto consiste tu felicidad. Porque solo la cifras en el lazo que te ha de unir con uno de esos ángeles que de cuando en cuando aparecen en este valle de lágrimas para consuelo de las almas grandes.

Quisiera cantar las bellezas de la mujer á la cual te vés á unir con el indisoluble lazo del matrimonio.

Quisiera cantar aquí las bellezas de esa mujer que tú en sublime prosa nos retratabas y que algunos creyeron ideal que en tu entusiasmo habías creado y se figuraron un sér sobrenatural que solo tenia cabida en tu ardiente imaginacion.

Los que tal dijeran, no la habrán contemplado de cerca, sino hubieran visto á la mujer que todo es amor, sentimiento, desinterés y abnegacion; á la mujer que siempre se ha ocupado de lo moral, de lo intelectual, de lo bello; á la mujer que siempre ha fijado su vista en el cielo y jamás en la tierra.

Tú te dirigiste á una mujer hermosa, de carácter alegre, dulce y sencillo, y el Artista del Universo, queriendo que su obra fuera perfecta, formó el lazo que ha de ser la felicidad de dos almas grandes.

Lo sublime con lo sublime.

¿Qué puedo decir mas que no sea calificado de apasionamiento?

Acepta, pues, este artículo como una prueba de cariño; no te fijas en su mérito, que yo mismo soy el primero (y esto basta) en confesar lo poco que vale.

Sin embargo, vale mucho porque contiene mi entusiasmo, que no creo sea menor que el del que lo tenga mas.

Ya que, á pesar de los cortos años que cuento de existencia, tengo el corazon lleno de un frio glacial y que para mí ese mañana tan deseado por todos

nunca llega, se tú feliz, porque esta felicidad proporciona la mia.

Y créeme.

Cuando en este miserable mundo me vea envuelto en los torbellinos del desengaño y de la desesperacion, dirigiré la vista hácia vosotros para contemplar vuestra felicidad, y olvidándome de todo con júbilo en el alma y la sorpresa en los labios esclamaré:

Son felices.

FRANCISCO COSTA NAVARRO.

ALGO

*en el álbum de mi querido amigo y compañero
D. Alfredo de Losada y Pau.*

Por fin llegó á realizarse la aspiracion constante de tu vida; ya eres el feliz esposo de la mujer de tus ensueños.

En este dia de júbilo para tí tan solo lo es dable á tu antiguo y constante compañero darte su enhorabuena, pues viste colmados tus deseos, y hacer fervientes votos por tu felicidad.

Al entrar por las puertas del matrimonio contragiste con la sociedad un compromiso penoso que has de cumplir en todas sus partes. Hoy te has constituido en jefe de una familia á la que debes todas tus atenciones y cuidados.

A tí y á los que como tú al contraer el indisoluble lazo llevan al altar un corazon lleno de fé y la imaginacion de risueñas ilusiones, no les pesa tanto el compromiso, puesto que con un poco de talento, y éste á tí no te falta, consiguen que en su hogar sea un hecho la eterna luna de miel.

Todo consiste en cerrar las puertas al hastío y en abrirlas de par en par al amor y la felicidad.

El matrimonio mata al amor; pero en cambio queda en el fondo de dos corazones que se amaron de veras una amistad tranquila é inalterable.

Esta amistad es la base de la felicidad conyugal. El amor todo es poesía, todo es ilusiones.

El matrimonio tiene su buena parte de prosa.

De la poca poesía que queda del amor en el matrimonio es de la que debes sacar partido para hacer duradera tu felicidad.

Ante la realidad muere la ilusion y, ya casado no tendrás en tu auxilio esta ilusion que bastó para tu dicha hasta el presente.

Así, amigo mio, no dudo que con tu claro talento y habiendo entrado en el templo de Himeneo amando de veras, procurarás solo ver la parte de poesía que le queda al matrimonio, y al morir la ilusion amorosa no encontrarás monotonía en la vida conyugal dejando se apodere de tu ánimo el hastío, exagerando los hechos y matando de este modo la felicidad en tu hogar.

Ten presente que el hombre se crea él á sí mismo la felicidad relativa que en este mundo se goza.

Y que tus amigos y compañeros solo desean que impere la dicha en tu casa, y al aplaudir tu casamiento lo hacen con la esperanza de que serás feliz.

J. AGUILA.

EL AMOR DEL HOMBRE Y DE LA MUJER.

Á MIS QUERIDOS AMIGOS

La Srta. D.^a Filomena de Arévalo y D. Alfredo de Losada, en el día de su boda.

Hay una fuerza superior que nos conduce al mundo ideal con irresistible encanto, con inevitable energía. En este mundo delicioso se realizan todas las ilusiones al soplo mágico de la imaginación y del deseo que, como hermanos cariñosos, caminan siempre juntos.

Los corazones gratos llaman á esta espontaneidad inesperienza ó candidez. Los hombres positivos califican á los divinos vuelos del entusiasmo de tontería ó locura. Los filósofos y los poetas, entre quienes ciertamente no hay enemistad, convienen en dar á estos ensueños de oro el nombre vago, pero brillante, de ilusiones. En nada, sin embargo, existe más diferencia. Las ilusiones son como las fisonomías: cada uno tiene la suya.

Ahora bien; si es verdad que generalmente hablando, todas las cualidades están más desarrolladas en el hombre que en la mujer, afirmaremos desde luego que en el dilatado y florido campo de la ilusión las escursiones del hombre son más atrevidas, más enérgicas, más insaciables, más brillantes acaso, que las de los tímidos corazones femeninos. Nunca la elegante góndola se engolfó en alta mar como el altivo navío que se complace en desafiar y vencer á las ondas embravecidas.

Como el águila ansiosa de luz se arroja hacia el disco fulgurante del sol, del mismo modo el rey de la creación se precipita en el imperio sin límites de lo infinito, de lo absoluto, de lo ideal, de lo que en la tierra no existe sino dentro de su pensamiento.

Amorosa tortolilla bate sus trémulas alas en torno del nido amado exhalando tiernos y melancólicos arrullos, la mujer pasea por la esmaltada pradera á la margen del cristalino arroyuelo, mirando cruzar incesantemente la bella sombra del hombre amado.

La esencia de la mujer es el sentimiento; el rasgo característico del hombre es la inteligencia.

Ella limita su mundo al mundo visible, á los objetos que la impresionan, á lo concreto, á lo palpable que afecta y escita la sensibilidad de su alma.

Ante la poderosa deidad que llaman ciencia ofrece el hombre sus eternos sacrificios; la mujer constantemente se prosterna ante las aras del amor. La una ama la hermosura y el placer; el otro apetece realizar lo que juzga verdadero y bello. La mujer ama lo que ve; el hombre se enamora de lo que piensa.

El verdadero horóscopo del hombre no empieza el día que nace, sino en el momento en que por primera vez su espíritu y su corazón se abren á esas emociones intensas que arrastran y envuelven el sér humano en un flagrante torbellino. El signo, la estrella, el hado del hombre se decide y determina en ese instante solemne en que un poder extraño, en que una fuerza desconocida revela al corazón nuevas aspiraciones y deseos insaciables y tumultuosos, á la manera que se levantan embravecidas ó se amenazan humildes las olas del Océano, los huracanes ó los céfiros, las negras tempestades ó las rosadas auroras, cuando con su vara mágica la triforme Hécate, poderosa reina de la noche, infunde á los elementos el furor, el silencio ó el ruido.

Donde nace el primer amor, donde brota el primer pensamiento, la revelación primera de la fuerza que piensa y ama, ahí es donde verdaderamente existe nuestra patria; aquel día es el verdadero aniversario de nuestro nacimiento, pues que desde entonces comienza nuestra existencia. Si aquel día es nebuloso, ¡ay del mismo mortal que tan ciegamente es lanzado al océano de la vida! Los vientos del Norte marchitarán las flores de su alma y estrellarán su frágil barquilla contra las rocas. Por el contrario, si el hombre bajo un cielo azul y sereno se arroja con jubilosa audacia y con ansiedad sublime por los espléndidos y brillantes campos de la esperanza, el recuerdo de aquel bellissimo día jamás se extinguirá de su memoria; las alas de nácar y oro de su fé y de sus ilusiones ahuyentarán de entorno suyo, con plácido vuelo, la negra turba de los desengaños y los desalientos, para robarle los tesoros inestimables de su entusiasmo, los encantos indescriptibles de su juventud, el contento, la delicia, el generoso afán de una vida de fuego, de ese fuego divino, antorcha santa de los cielos, faro refulgente y seguro que nos guía al través de los escollos hacia la virtud, la verdad y la belleza.

¡Qué cambio tan extraordinario al enamorarse sufre la mujer! La pasión la devora con todos sus ardores; el amor, además de que en su alma ha hecho brotar la fuente del sentimiento hasta entonces adormecida, ha despertado también en ella desconocidos deseos que se levantan más y más enérgicos con la presencia del objeto de su amor. Lo que ahora experimenta es un deseo tan inesplicable como

vehemente, una ansiedad calenturienta, pero mezclada de cierto placer y goce; oye, en fin, la voz de la naturaleza, el rugido de las pasiones que tumultuosas se agitan dentro de su pecho, hasta entonces puro y límpido como el azul del cielo en una alborada de Mayo.

¡Oh! si le fuera dado al hombre leer en el pensamiento de la mujer en uno de esos instantes en que esta hermosa mitad del género humano se entrega à cien y cien rosadas quimeras, y deja vagar libremente su imaginación por los espacios que están fuera de la vida real, estoy seguro de que se podrían componer muchos poemas llenos de embriagadora ternura, de encantos desconocidos. Porque el alma de la mujer una vez lanzada, digámoslo así, lejos de la cárcel que la aprisiona, es más poética, más soñadora, infinitamente más sensible que la del hombre. Y estas almas delicadas, verdaderas sensitivas, se pliegan, se recogen dentro de si mismas con suma facilidad, sin dejar entrever sus ocultos pensamientos. Y es que el alma de la mujer tiene el dón de presentir un mundo mas perfecto que el nuestro, mundo poblado de seres todo amor é inagotable ternura.

Pero vengamos al objeto que me inspira estas líneas.

Dos jóvenes, en los albores de su juventud, van à sellar, con un juramento ante el Dios del Universo, las promesas de amor eterno y constante que espontáneamente hicieron.

Van à enlazar sus almas por toda la vida, van à ser el uno del otro, van à coronar la obra de su amor, de ese amor que tantas venturas les promete para el porvenir, van, en fin, à realizar el acto más importante de la vida.

En este instante supremo, mi voz, la voz de un amigo, se levanta para dirigiros una súplica, súplica que si en los dias que están por venir la teneis en cuenta, vendrá à aumentar vuestra felicidad y vuestra dicha.

Cuando vuestros deseos alcancen la plenitud de su desarrollo, cuando Himeneo haya puesto el sello à vuestra felicidad, cuando ninguna nube el horizonte brillante de vuestro amor, cuando frente à frente podais leer en vuestros ojos toda la dicha, toda la ventura que os ofrece un porvenir de amor, acordaos de los que espresando sinceramente su pensamiento os desean las delicias del Paraíso. No olvideis jamás que al lado de vuestra dicha corren lágrimas sin cuento, y no olvideis jamás, Filomena y Alfredo, que en el desbordado torrente de la vida el severo cumplimiento de los deberes que exige una recta conciencia, es el mayor galardón à que pueden aspirar las almas honradas.

Réstame, para concluir, pidiros que no olvideis al amigo que se atreve à hacer llegar hasta vosotros su voz, siquiera sea desautorizada; no olvideis que estas líneas las dicta, más que mi fecundidad, el deseo que me anima de unir mi pobre felicitación à la de tantos otros que mas inspirados que yo cantan y predicen vuestra dicha futura, prometiéndoseos las venturas sin cuento à que os hacen acreedores vuestra juventud, vuestra alma noble, vuestros generosos sentimientos y vuestro amor infinito.

LUIS MARTINEZ MAXÁN.

A MI BUEN AMIGO

DON ALFREDO DE LOSADA Y PAU

DIRECTOR-PROPIETARIO-FUNDADOR DE LA REVISTA LITERARIA «EL VALLE DEL EBRO.»

Con motivo de su enlace con la simpática
Señorita Doña Filomena de Arévalo.

DE SU AMIGO Y COMPAÑERO

GONZALO JOVER HERNAINZ.

Ex-Director literario y actual colaborador de dicha
Revista.

Tarragona 22 Mayo 1882.

EPÍSTOLA.

¡Ya llegó! Con sus mágicos crespones
forma tomo en la vida la esperanza
engendro de brillantes ilusiones.

Y empujada por viento de bonanza,
trocóse en realidad la fantasía
que soñó su poética alianza.

Y ahora con voz enérgica y bravia
puede V. exclamar: «Ya soy dichoso,
esta mujer, que yo adoraba, es mia.»

Surque V. ese lago deleitoso,
manso, suave, sereno y cristalino
que le brinda su enlace venturoso.

Y del amor al viento peregrino,
deje V. que la barca de su alma
cruze el mar anchuroso del destino.

El amor que es virtud, engendra calma,
y en la lucha tenaz de la existencia,
llevaré al fin la vencedora palma

Cariños que no empañan la conciencia,
flores son, que en el campo de la vida,
generosa vertió la Providencia.

No es la dicha, esa gloria perseguida
del mundo en el revuelto torbellino,
en oro ó en placeres convertida.

No es el goce brutal y libertino;
es ese santo amor que predicaba
el apóstol del Gólgota divino.

Es algo grande, que hace al alma esclava,
mezcla de la amistad y del cariño
ilusión de la vida, que no acaba.

Pura cual la blancura del armiño,
como del aura con la mar el beso,
cual la sonrisa cándida del niño.

La dicha, le brinda con exceso
el lazo que ha estrechado sus amores
con la que es su delicia y su embeleso

Quiera Dios apartaros de dolores
y sea ante vosotros la existencia
camino de placer, senda de flores

¡Sed felices! de ser feliz la ciencia:
«Amor, virtud, fraternidad bendita,
fuego en el alma, paz en la conciencia.»

G. Jovén.

UNA PRUEBA DE GRATITUD.

A los redactores y colaboradores de
EL VALLE DEL EBRO.

Al brindarme vosotros, que constantemente habeis permanecido á mi lado dando impulso á mi humilde publicacion, un *Album literario* lleno de de poesia y sentimiento, comprendisteis lo alable y risueño que me seria recibirlo, como así mismo á la mujer que he llevado hoy ante el altar, haciéndola mi cariñosa esposa, que vé retratados en todos vuestros escritos las simpatías que entre vosotros tenia adquiridas.

¡Gratitud! palabra santa inscrita en el noble corazón del hombre es la que en este momento os habla; no soy yo quien os dirigo la palabra; es ella, es la diminuta estatua del bien, que con el corazón henchido de alegría, rebotando felicidad su pecho é inmutado al verse sorprendido con vuestro recuerdo, os ofrece su sincera amistad y eterno agradecimiento.

Cúpleme también, al daros las gracias, de hacerlo en nombre de mi compañera, de mi tierna amiga de la infancia, que con sus tiernas caricias y sublime amor, va á compartir las penas y dolores, goces y alegrías con vuestro Director, si así puede llamársele, aunque mejor acepto el título de compañero, porque mal dirige quien no tiene la pluma bien cortada y manifiesta únicamente con sus artículos la afición á las letras.

Al escribir, al empuñar la pluma para ensuciar ó emborronar unas cuantas cuartillas, no he hecho hasta hoy mas que enalzar á la mujer como era mi deber, unas veces; otras espresar mis sentimientos; y otras buscar consuelo en el blanco papel, sobre el cual corre mi brazo, estampando los diferentes

afectos del alma enamorada, desde hoy concluyo mi tema sobre el amor, y quizá continúe el segundo capítulo.

Agradecidos os quedamos, amables compañeros, mi tierna esposa y vuestro amigo á la distincion que de vos hemos merecido y no creais sea mentira porque la gratitud, ese símbolo santo que tanto ennoblecce el corazón, como sea verdadero, no se olvida nunca. Buscad una alma agradecida y encontrareis en ella sentimientos sublimes, pensamientos generosos é ideas afectas á la moral y al compañerismo.

Antes de concluir este mal pergeñado artículo que dirijo á mis queridos redactores y colaboradores, réstame decirles no mas que no abandonen la publicacion de nuestra humilde Revista, que sean constantes como lo he sido yo, que despues de los muchos sacrificios por todos hechos, no se vea nunca envuelta en el olvido.

Concluyo, mandando á los señores colaboradores mi fraternal abrazo, y estrechando á mis redactores contra mi pecho, al despedirme de la monótona vida del celibato, yendo á buscar la vida conyugal que tanto engrandece al hombre cuando encuentra una compañera como la que yo, digna de compartir con él la felicidad, porque si la felicidad comporte querra, también participar conmigo los pesares no siendo por esto menos feliz.

Adios, amigos míos, recibid mi mas sincero recuerdo, que pronto volverá vuestro compañero á vuestro lado á coger la pluma para ayudaros como hasta ahora.

A. DE LOSADA.

EL LAZO.

A mi distinguido amigo D. Alfredo de Losada y Pau,
con motivo de su enlace con la Srta. doña
Filomena de Arévalo.

Apuradillo lance es el en que me encuentro, amigo Alfredo.

Si en en otra ocasion fuéme fácil salirme airoso del atoladero en que me hallaba metido cuando por cumplir contigo los deberes que impone una pura y leal amistad, contraje el compromiso de dedicarte una composicion musical, que con el epígrafe que encabeza estas líneas ha logrado darse á la estampa, no me es tan fácil cumplir ahora contigo dedicándote un trabajo literario con motivo de tu himeneo, cuando, sabedor yo mismo de llegar mis cortos alcances en esta materia, considero que mi fruto no ha de ser ópimo en bellezas literarias, máxime cuando por dicho motivo te habrán dedicado ya infinidad de escritos por el mismo estilo que el presente, de todos el mas humilde y dirigido á ti, tan aprovechado en esta clase de trabajos, razon por lo cual háse de eclipsar por completo el poco mérito que pueda tener; pero convencido de que has de usar conmigo de tu acostumbrada benevolencia, y alentado por mis buenos deseos de procurar que este artículo sea lo menos hipocóndrico posible, daré principio á mi tarea.

EL AMOR.

Sentimiento de placer, el más universal de la naturaleza, entre todos los seres organizados y el que desarrollándose al más alto grado de su vida, preside á su representacion, crece, se enriquece y renueva sin cesar la escena del mundo. Es una llama que consume la existencia al transmitirla á otros seres.

Debemos atábar al Criador por haber creado la especie humana mas susceptible de amar que toda otra especie de seres animados, motivo por el cual el amor ocupa un lugar preferente en el Drama de su existencia.

El amor hace deliciosa la vida como el amor atormenta continuamente la existencia humana.

El amor es el cielo.

El amor es el infierno.

Veamos algunos axiomas sobre el amor:

La mujer ama mas que el hombre porque hace mas sacrificios.

El amor puro y desinteresado es la mas bella ficcion de las bellas almas; es la privacion del egoismo.

La mujer ama ó aborrece; el hombre admira ó desprecia:

Querer gozar es á veces no amar.

El amor se desflora solamente con la publicidad; el misterio le conserva siempre su virginidad.

El amor verdadero hace castas las alegrías y los goces; es una virtud mas bien que una pasion.

El amor físico mata el amor divino.

El amor precipita las generaciones.

La mujer ama con el corazon; el hombre con el espíritu.

El amor, dá sagacidad á las mujeres y se la quita á los hombres.

Un hombre estúpido no puede pretender el amor.

El amor es sinónimo de la avaricia.

La juventud ama fuertemente; la vejez débilmente.

La crueldad en una mujer, hace que sea mas estimada.

Y ahora pasemos á

LA UNION CONYUGAL.

El matrimonio es el contrato mas importante de la vida civil, puesto que de él nace el fundamento de la familia, formando asi la base de la organizacion social.

Si lo consideramos con relacion á las causas que proceden á su formacion, tendremos que hay matrimonios de necesidad, matrimonios de dinero, matrimonios de conveniencia, matrimonios que tienden á mejorar las condiciones sociales del individuo etc., etc.

El amor mas que la fortuna preceden al matrimonio de inclinacion, (creo no pienso mal al incluirte a tí, amigo Losada, en este caso). El interés mas que el amor precede al matrimonio de necesidad, pero en donde domina mas el interés, es en el matrimonio de dinero; la parte que lo solicita, sea por necesidad, sea por avaricia, ahoga todo sentimiento que no sea el del interés; algunas veces, es necesario compadecer mas bien que disfamar el matrimonio hecho por el dinero, porque las dos partes se hallan en él sacrificadas, y la union en este caso raras veces es dichosa.

En cuanto á las otras dos clases de matrimonio que he citado, ni el amor ni el interés dominan en ellos exclusivamente; consuman ambas partes el sacrificio con indiferencia y ordinariamente son los parientes y los amigos los que han hecho la union.

Pero veo que me voy estendiendo demasiado y estoy ocupando un lugar que muchos otros, todos mas dignos, se han encargado de llenar con motivo de tu enlace con la simpática Srta. de Arévalo, y por lo tanto concluyo este ya largo artículo deseándos á los dos que acabais de uniros con indisoluble lazo: UNA INTERMINABLE LUNA DE MIEL y que goceis de UNA IMPERECEDERA FELICIDAD!

JOSÉ C. FERNANDEZ GIMISÓ.

Tortosa Junio de 1882.

CASOS Y COSAS

La banda de música que tan acertadamente dirige el aventajado é ilustrado jóven D. Jaime Rovira, obsequió con una serenata á nuestro muy querido amigo y director D. Alfredo de Losada, con motivo de ser la antevíspera de su enlace con la bella y distinguida señorita doña Filomena de Arévalo Guzman de Villoria, habiendose ejecutado las siguientes piezas:

- 1.º Polka-Paso doble por D. T. Villapol,
- 2.º El metrónomo, introduccion y Valz por don A. Urgellés.
- 3.º Americana mi Paca, por D. Jaime Rovira.
- 4.º Mazurka Sofia, N.
- 5.º Schotis El Gruemete, por D. Jaime Rovira.
- 6.º Polka La Grisetta, por Rovira.
- 7.º Polka Paso-doble El Inocente, por T. Villapol.

La feliz pareja partirá hoy hácia Valencia desde donde pasarán á Málaga á disfrutar la sabrosa luna de miel. Deseamos á los conyuges muchas felicidades y prosperidad en su nuevo estado.

A causa del mucho trabajo acumulado en el presente número, no sabemos si nos será posible repartir el del próximo domingo, en cuyo caso subsanaremos la falta regalando á nuestros suscritores una de las obras que para el efecto tenemos preparada.

Por tenerse que ausentar el director de esta revista, queda á cargo de su administrador D. Juan Aguilá, habitante Cuesta del Castillo 12 á cuyo señor debe dirigirse la correspondencia.

Con motivo del verificado enlace de nuestro querido Directo D. Alfredo de Losada, hemos retrasado un dia la salida de la revista, esperando nos lo dispensarán nuestros suscritores.

TORTOSA.—Imp. de F. Biarnés; Cambios, 13, bajos.

SECCION DE ANUNCIOS.

EL VALLE DEL EBRO.

REVISTA LITERARIA SEMANAL.

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. ALFREDO DE LOSADA Y PAU.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Tortosa, Un mes. . . . 2 rs.	Resto de España.	Estranjero y Ultramar
» » Trimestre. . . 6 «	Un trimestre 8 rs.	Un semestre 20 rs.
» » Semestre. . . 12 »	» semestre 18 »	» año. 40 rs.
Pagos anticipados.	» año. 30 »	No se servirá pedido que no se acompañe su importe.

ANUNCIOS.—*Un real línea, contándose el título, según la letra que se quiera por las líneas que de letra común ocupe.*

Los originales deben ir firmados por sus autores. No se publicará escrito ni artículo alguno que no lleve la firma de su autor. No se devuelven los originales.

La correspondencia debe dirigirse á su Director.

Se anuncian gratis y se hace un juicio crítico de las obras que se remitan dos ejemplares á esta redacción

Dirección, redacción, y Administración. Cuesta del Castillo.—12.
